

NUESTROS COLABORADORES

MARIA TERESA LEON. Escritora española, autora de varias novelas y libros de memorias, entre los que destacan *Contra viento y marea*, *Juego limpio* y *Menesteos, marinero de abril*, este último publicado por la Editorial ERA. MARIA ZAMBRANO. Nacida en Málaga, fue discípula y colaboradora de Ortega y Gasset. Estudiosa de la Filosofía, ha impartido cátedras de su especialidad en diferentes países, como México, Cuba, Italia, Francia. . . Su obra cuenta ya con varios volúmenes, entre ellos *La agonía de Europa*, *La España de Galdós*, *Pensamiento y poesía*, *El sueño creador*, este último publicado por la Universidad Veracruzana. DANIEL RUBIN DE LA BORBOLLA. Antropólogo. Fundador, profesor y director de la Escuela Nacional de Antropología, y catedrático de Antropología Física en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha realizado exploraciones arqueológicas en Montealbán, Mitla, Durango, Michoacán, Teotihuacán, etc. NOE JITRIK. (Véase Núm. 42.) SERGIO GALINDO. Nació en Xalapa, Ver. en 1926. En 1951 publica su primer libro de cuentos, *La máquina vacía*, y en 1958 la primera novela: *Polvos de arroz*. Constante en su obra de creación, a ésta han seguido *La justicia de Enero*, *El Bordo* y *La comparsa*. La crítica lo ha colocado dentro de la avanzada de la joven literatura mexicana, como un agudo observador de la realidad provinciana y sus conflictos. JUAN DAVID GARCIA BACCA. Radicado actualmente en Venezuela, el maestro español es una de las autoridades más sobresalientes de nuestros días en el campo de la filosofía clásica y contemporánea. Estudios en las universidades de Barcelona, Zürich, Munich, Bruselas y París respaldan su criterio sostenido en una amplia bibliografía, de la que forma parte su *Existencialismo*, libro editado por la Universidad Veracruzana. CESAR RODRIGUEZ CHICHARRO. (Véase Núm. 42.) JUAN GARCIA PONCE. (Véase Núm. 42.) P'U SUNG LING. Es uno de los clásicos de la literatura china del siglo XVIII. Tras haberse publicado una colección de sus cuentos fantásticos en 1766, el *Liao-zhai Uhi Yi*, cuya fama se acrecentó por varias generaciones, ha sido severamente criticado por el actual régimen chino, que sólo ha visto en él un propagador de supersticiones, pero su importancia es tal que influyó fuertemente en la literatura japonesa y ha sido ya traducido a otras lenguas occidentales. ANDREW P. DEBICKI. Catedrático del Grinnell College, en la División of Language and Literature. HUGO RODRIGUEZ-ALCALA. Profesor del Departamento de Lenguas

Romances de la Universidad de Riverside, California. Sus trabajos de crítica literaria sobre la obra de Güiraldes, Romero, Rulfo, Korn, han aportado a la historia de las letras americanas nuevos juicios y consideraciones sobre aspectos un tanto frecuentados. En uno de sus más recientes libros, *Sugestión e ilusión*, publicado por esta editorial, el investigador uruguayo recoge sus apreciaciones más originales sobre la novela, la poesía y la filosofía vistas a través de autores europeos y americanos. OSCAR OLIVA. Poeta y ensayista mexicano nacido en 1937, ha colaborado en diversas revistas de la capital y la provincia, y en los suplementos literarios de *Novedades*, *El Día* y *Ovaciones*. Su obra poética está contenida en 2 libros: *La espiga amotinada* y *Ocupación de la palabra*, que incluyen a un grupo de poetas jóvenes. MARIO MUÑOZ M. Nació en Orizaba, Ver. en 1942. Pasante de la carrera de Letras de la Universidad Veracruzana, ha colaborado en esta revista y en "La cultura en México", suplemento del semanario *Siempre!* MARIO BENEDETTI. (Véase Núm. 42.) CARLOS MAGGI. Dramaturgo uruguayo nacido en 1922, ha escrito argumentos para dos documentales, uno de los cuales, *La raya amarilla*, dirigido por él mismo obtuvo el primer premio en el Festival Cinematográfico Internacional de Bruselas. Principales obras dramáticas: *La biblioteca*, *La trastienda* y *El patio de la Torcaza*.

JOSÉ MANCISIDOR. *Se llamaba Catalina* (México: Universidad Veracruzana, 1958).

Los años violentos de la Revolución, dieron a José Mancisidor el tema de sus mejores narraciones. En el presente volumen, uno de los varios manuscritos que su autor dejó impublcados, se columbra más allá de los personajes la efervescencia que procedió al estallido del conflicto. Sus páginas finales cuentan el éxodo de Porfirio Díaz, la rebelión felicista, la invasión norteamericana al puerto de Veracruz y las primeras fases de la lucha contra el impostor Victoriano Huerta.

Quien sepa de la vasta bibliografía de Mancasidor, habrá notado que algunos de esos temas se utilizaban en dos novelas anteriores; aquellas, que a mi juicio, son las que mejor salieron de su pluma: *En la rosa de los vientos*, donde ofrece numerosos aspectos de su incorporación a las fuerzas de Venustiano Carranza; y *Frontera junto al mar*, trágica descripción de los días de 1914, cuando sobre la sangre de Azueta y otros héroes la escuadra Wilson ocupó Veracruz, venciendo una resistencia, ofrecida más por el pueblo

que por las tropas regulares, proporcionalmente equiparable a la defensa de la Numancia ibérica.

Se llamaba Catalina, es en rigor un libro de recuerdos al que erróneamente se adjetivó como novela. En estas páginas, Mancisidor despliega la memoria de sus años infantiles y su primera juventud. La recia y ejemplar figura de Catalina, madre del escritor, preside y da unidad a este mundo remoto. Si el trazo hubiera ahondado más en su carácter, la novelística mexicana tendría en ella uno de sus mayores personajes.

Dividido este libro en mínimos capítulos, cada uno lleva el nombre de la figura allí evocada. De esta suerte, van surgiendo los compañeros de colegio, los miembros de su familia, algunos tipos de infrecuente textura y las mujeres por quienes, ásperamente, el joven Mancisidor conoce el placer físico.

Pese a sus interpolados aciertos, el texto causa en el lector la culpable impresión de que se ha penetrado en rápidos apuntes, en notas para ulterior proceso nevlístico. La falla más perceptible en *Se llamaba Catalina* es el idioma: el empleado en este relato —o, si se quiere, fragmento de memorias— es gris, reiterativo, a menudo carente de elaboración literaria. La eficacia de los distintos cuadros, que virtualmente reside en que constituyen la resurrección de un tiempo y un lugar precisos, se rompe merced a que el narrador se obstina en no otorgarnos cualquier información sobre el ambiente en que transcurren las imágenes.

Con todo, esas poco clementes objeciones —obviamente debidas a la muerte que vedó a Mancisidor el ejercicio de la recreación, el uso de la lima— adolecen de cierta insuficiencia para soterrar los méritos de *Se llamaba Catalina*. Mancisidor, quien supo como pocos ser fiel a un credo político que ejerció con dignidad, hallando en él no sólo la única opción para un mundo mejor, sino también el dogma literario, nos ofrece en esta obra final la íntima línea de los sucesos que lo erigieron como hombre.

JOSÉ EMILIO PACHECO.